

IDEAS SOBRE EL ORIGEN DE LA NACION VENEZOLANA

DISCURSO DE INCORPORACION COMO INDIVIDUO DE NUMERO
DEL DR. MARIO SANOJA OBEDIENTE

INTRODUCCION

La vida cotidiana, como ha dicho Heller, es la vida de todo hombre, es la sustancia de la Historia. Al leer los escritos del Académico que me ha precedido en la propiedad del sillón LL en esta Academia Nacional de la Historia, el profesor Pedro José Muñoz, me han venido a la memoria algunos apuntes de aquella socióloga de la Historia. Porque en la prosa sencilla y a veces ingenua de Muñoz, se refleja con particular viveza la tragedia de una nación en busca de sí propia significación contada a través de la anécdota menuda, de la pequeña historia que se va tejiendo en su Guanare natal.

La lectura de sus libros, particularmente "Crónica de Guanare", comunica una serie de contenidos históricos regionales que reflejan en la realidad vivida cotidianamente, el tema central de nuestro discurso de incorporación a esta Ilustre Corporación: el proceso de formación de la nación venezolana. En sus páginas podemos reconocer el profundo conflicto de una sociedad que se debate entre un tiempo histórico que se desvanece, trasunto del proceso de formación que se inicia en el siglo XVI caracterizado por un modo de vida campesino con escaso desarrollo de las fuerzas productivas y el nuevo, que augura el auge del capitalismo mercantil e industrial del siglo XX, del Estado moderno y centralizador que liquidará el caos republicano del siglo XIX.

Los intelectuales sensibles que viven esos momentos de transición histórica tienen, por fuerza, que asimilar y vivir todas las alternativas de ese proceso. Vemos así, que Muñoz debe prodigarse en multitud de funciones: la enseñanza, la administración pública, la política, la justicia, la literatura, como se esperaba del carácter polifaculto que debían tener, en esas décadas, los hombres de pensamiento.

Haber estado en el vórtice de las guerras civiles, frecuentado los centros de poder político, le confiere el carácter de testigo principal de la vida social de las primeras décadas del siglo XX en Venezuela. Su labor es como la de un etnógrafo urbano que nos introduce en la cotidianidad conflictiva de un país en pro-

ceso de cambio histórico, legándonos un precioso documento que será preciso analizar con detalle para reconstruir los rasgos esenciales de ese período de la sociedad venezolana.

Es un honor para mí ocupar en la Academia Nacional de la Historia, el lugar que dejase vacante un hombre que, como yo, comparte la misma pasión por Venezuela.

IDEAS SOBRE EL ORIGEN DE LA NACION VENEZOLANA

EL ESPACIO TERRITORIAL Y LA HISTORIA DE LA NACIÓN

El territorio que ocupa la nación venezolana constituye el extremo norte del continente suramericano. Allí comienzan, visto de norte a sur, importantes formaciones orográficas que definen el relieve general de la América del Sur. Desde humildes serranías en los Estados Lara y Falcón, el espinazo andino se va agigantando y dilatando en el largo recorrer de la costa occidental del continente, hasta diluirse en el interminable discurrir de los archipiélagos australes. Las sabanas, que son como el gran corazón venezolano, se vacían de espacio entre las serranías andinas y los viejos macizos del escudo guayanés, yando a morir a la vera de las densas florestas amazónicas. Por el este, las viejas tierras guayanesas se mezclan, en una densa trama de ríos y caños, con las potentes aguas del Marañón, el inmenso Amazonas que desangra en el Atlántico las tierras y los limos del suelo americano.

Por el oeste, la historia de las sociedades hilvanó las culturas venezolanas con una interminable cadena de poblaciones, tribus y estados prehispánicos que florecieron en la vertiente pacífica del continente. Lo fragoroso y atormentado del paisaje, se dio paralelo a los valles fluviales y de montaña que propiciaron la concentración y la comunicación entre los grupos humanos. Hacia el este, por el contrario, las dilatadas extensiones de selvas y sabanas favorecieron más bien el aislamiento, la desconcentración de las poblaciones. Fue más fácil para los aborígenes prehispánicos venezolanos abrir las rutas marinas que les llevaron a colonizar las Antillas, desde el tercer milenio antes de Cristo, que sobreponer la fuerza de su trabajo a la impenetrable barrera de vegetales y agua de Guayana y el Amazonas.

La historia de la sociedad fluye con más rapidez allí donde el trabajo humano transformó las formas pensadas en acciones sociales que modificaron el relieve silvestre en andenes para el cultivo, canales de riego, estanques para el agua, montículos y terraplenes para el basamento de las viviendas, aldeas que concentraban el poder de los gobernantes. La naturaleza, ya desflorada por las sociedades indígenas, fue leve y pródiga con los europeos conquistadores, con los mestizos y criollos hispanoamericanos que comenzaron a fundar la raíz de los futuros estados nacionales. Y esa unidad histórica entre el paisaje, la sociedad y la cultura, propició siglos después la unidad de una quimera: el sueño bolivariano de la unión latinoamericana. Por los viejos senderos y caminos donde discurrieron los viajeros indígenas, los mensajeros, los soldados del Inca, del Zipa y del Zaque, flu-

ieron los soldados de Venezuela, Colombia, Ecuador y Perú anunciando el nacimiento de las nuevas repúblicas, la afirmación de la sociedad hispanoamericana. Y la historia ha seguido fluyendo rápido, con sobresaltos, desvíos y turbulencias, hacia la integración de los pueblos. Venezolanos, ecuatorianos, peruanos, colombianos y bolivianos no pueden ignorarse. Lo que unió la gesta bolivariana se reafirma en la lucha por vencer la pobreza y la injusticia social. Los nietos de los guerreros de la Independencia hoy refluuyen hacia Venezuela buscando la esperanza de un nuevo comienzo en su vida.

Hacia el este, las nuevas naciones parecieron haber vivido de espaldas unas a otras. Las tierras guayanesas, laceradas y desgarradas de la savia hispanoamericana, vieron llegar la miseria de otros contingentes humnos venidos de Asia y Africa, bajo la férula despótica de ingleses, holandeses y franceses. La opresión colonial levantó una barrera entre los oprimidos por los imperios europeos. Brasil era una colonia lejana de la cual nos separaba una realidad política extraña a Iberoamérica: las Guayanas. Llegó la República a Venezuela, Brasil se hizo imperio y después gigante república independiente del pequeño y lejano reino de Portugal. Y nos seguimos viendo como extraños que se observan de soslayo, furtivamente, mientras —en medio de ambos— amerindios, hindúes, chinos y africanos se amalgamaban en la pobreza colonial de British Guiana, Surinam y Cayena.

Pero fue otra vez la constante del trabajo humano, que recrea el paisaje a la medida de la cultura de las sociedades, el factor que rompió el aislamiento milenario de los pueblos. Los venezolanos concibieron el dominio del agua, la transformación de la energía líquida del Caroní en electricidad que se distribuye hacia todos los horizontes, de los minerales de la Guayana nacional y la cuenca del Orinoco, en productos que estimulan cambios profundos en la vida de las comunidades orientales del país y abren las vías para un proceso de unidad a lo largo de la costa atlántica y las Antillas. Es como si ahora los dos brazos de Venezuela comenzaran a girar y a moverse y sus manos recibiesen, por el occidente y el oriente, el producto humano de un mestizaje de siglos entre aborígenes americanos, europeos, africanos y asiáticos.

LAS SOCIEDADES ANCESTRALES

La presencia del hombre en el territorio de la actual Venezuela es vieja, de por lo menos 14.000 años antes de ahora. La referencia científica que nos proporciona hasta el presente la arqueología ubica el origen remoto de nuestras poblaciones autóctonas en los grupos de cazadores paleosiberianos que habitaban la actual región noreste de la Unión Soviética. En un período que las investigaciones arqueológicas sitúan entre 30.000 y 15.000 años antes de la era cristiana, determinados grupos de cazadores y recolectores paleosiberianos habrían pasado a la tierra americana atravesando el Estrecho de Behring cuyas aguas para entonces, habrían estado congeladas como consecuencia de las temperaturas glaciares que dominaban en el Hemisferio Norte.

El paso de aquellos hombres antiguos hacia las tierras más cálidas de Centro y Suramérica, parece haber tomado unos 5 milenios, largo período que debe haber influido, conjuntamente con el aislamiento en que vivían de sus lejanos parientes siberianos, para ir transformando aquellas poblaciones cazadoras-recolectoras en americanos cultural y étnicamente.

Para el doceavo milenio antes de nuestra era, ya existían poblaciones cazadoras-recolectoras, en el territorio de los actuales Estados Falcón y Lara y posiblemente Zulia. Esas poblaciones convivían con los relictos de una fauna pleistocénica de grandes herbívoros como elefantes o mamutes, perezas y cachicamos gigantes, así como caballos americanos hoy extintos, cuyas carnes proporcionaban buena parte de su alimentación.

El modo de vida nómádico de estas antiguas comunidades de cazadores-recolectores dependía grandemente de las posibilidades alimentarias que espontáneamente les brindaba la naturaleza. Su vivienda se fijaba allí donde había comida. Por esas causas, su utillaje de trabajo se caracterizaba por el uso de armas arrojables: jabalinas, flechas, dardos y artefactos cortantes: cuchillos y navajas de piedra, que empleaban para batir y destazar las presas.

Otras comunidades cazadoras-recolectoras buscaron formas alternativas para proveer su alimentación cotidiana. En muchas partes de Suramérica, desde unos 10.000 años antes de nuestra era, se dedicaron a cazar y consumir todas las presas que podían abatir: venados, felinos y roedores de diferentes especies. De igual manera, recolectaban caracoles y posiblemente raíces y semillas que espontáneamente crecían en determinados nichos ecológicos de las selvas, sabanas o montañas.

Una de las variantes de ese modo de vida, cuyo auge parece coincidir con un aumento general de la temperatura y la inundación por el mar de ciertas zonas litorales, está tipificada por el surgimiento de una forma recolectora-cazadora marina, donde la subsistencia diaria se basaba en el consumo de ostras y caracoles que por millares habitaban el litoral, la desembocadura de los ríos y las lagunas costeras; la pesca; la caza de animales terrestres y la recolección de vegetales.

En Venezuela, como de resto en la mayor parte del continente americano, el período mencionado coincidió también con una desaparición gradual de la condición nómádica de las poblaciones recolectoras-cazadoras, que ya eran capaces de proveer substancialmente a su alimentación sin tener que recurrir a cambios cotidianos de sitios de habitación, para perseguir las escurridizas presas.

La tendencia progresiva hacia la sedentarización entre las antiguas poblaciones de recolectores-cazadores venezolanos, se habría iniciado desde el sexto milenio antes del presente, y ya para el tercer milenio, es decir, 1.000 años antes de nuestra era, vemos florecer aldeas de cultivadores de yuca en el Bajo Orinoco. Las condiciones de vida neolítica se manifestaron paulatinamente en muchas regiones del actual territorio de Venezuela: en la Cuenca del Lago de Maracaibo, en el Valle de Quíbor, en los llanos de Apure. El trabajo de los integrantes de esas comunidades de cultivadores se manifestó en una variada producción de bienes para el consumo, cestas de diverso tipo y diferentes funciones, estereras, hamacas,

telas, vasijas de barro para cocinar, contener agua o hacer ofrendas religiosas; agujas, leznas, puntas de flecha y de arpones en madera o hueso; husos para hilar el algodón; budares para fabricar cazabe, piedras de moler maíz; representaciones complicadas de la vida natural hechas en barro, así como figuras humanas, en particular femeninas. Todo indica que la manera de vivir de esos antiguos venezolanos expresaba una elaborada forma de aprovechar y transformar los productos naturales, manifestación de que también la vida social se había hecho igualmente compleja.

Como señalamos antes, el proceso ascendente del trabajo humano se hizo más evidente en determinadas áreas de lo que es hoy el territorio nacional, particularmente el Noroeste de Venezuela y la Región Andina, donde la intensidad de los contactos humanos con poblaciones más avanzadas del Noroccidente de Suramérica y la posibilidad de intercambiar diferentes formas de producción entre las comunidades, favorecieron que éstas se integrasen dentro de sistemas políticos más extensos que los aldeanos basados en el parentesco. Fue así como en ciertas sociedades aborígenes del occidente, la generación de un cierto nivel de poder político permitió que el trabajo humano se organizara para lograr objetivos colectivos: construir terrazas artificiales para el cultivo, redes de acequias y estanques artificiales para captar y distribuir el agua, avances en el control de la naturaleza y la reproducción controlada de las plantas, que en mayor grado habían experimentado diversas poblaciones de agricultores del Noroeste de Suramérica.

Vemos entonces, que la característica de las sociedades aborígenes del Occidente de Venezuela fue la de sedentarizarse y desarrollar cada vez más el control social y la humanización de los paisajes naturales. Por el contrario, hacia el Oriente de la actual Venezuela, la historia nos muestra que las sociedades aborígenes avanzaron en el proceso de neolitización, hasta la conformación de aldeas cuyos individuos alcanzaron sólo un control precario de los espacios y recursos naturales.

Quizá si analizamos el "ethos" de ambos grandes grupos sociales, observaríamos que los orientales fueron como un árbol de raíces superficiales, como una corriente de agua siempre en movimiento. Esta condición los llevó a expandir su influencia, a dar de sí su experiencia de vida en lo material, lo social y lo espiritual, a todas las poblaciones antillanas, de las Guayanas y el Norte de Brasil. Fue, quizá, esta disipación de su inmenso caudal de energía, lo que frenó su ascenso, para ese momento, hacia formas sociopolíticas de mayor complejidad que el modo de vida aldeano igualitario que conservaron hasta el siglo XVI.

En el Occidente del país, en la Cuenca del Lago de Valencia, los valles del Noroeste y la Región Andina, el proceso de sedentarización caracterizó, desde los primeros siglos de la era cristiana, la estructuración de comunidades agricultoras sedentarias que, con el discurrir de los siglos, devinieron en sociedades jerarquizadas, extensos cacicazgos donde se dieron formas sociopolíticas complejas, inicios de la división social del trabajo, redes de complementariedad económica, y definición de territorios tribales asociados con particularidades étnicas.

La Cuenca del Lago de Maracaibo no parece haber sobrepasado, hasta los siglos XVI y XVII de nuestra era, el nivel de comunidades aldeanas simples. No

obstante, éstas habrían jugado un importante rol de intermediarias dentro de aquellas extensas redes de complementariedad económica, que permitían el traspaso de materias primas y bienes manufacturados entre las grandes sociedades cacicales del Occidente de Venezuela y las del Norte de Colombia.

EL CONTACTO CON LOS EUROPEOS: FUNDAMENTOS DE BASE SOCIAL DE LA NACIÓN

El año de 1498, durante su tercer viaje, Cristóbal Colón llegó a pisar las tierras continentales americanas. El conocimiento de las rutas marinas que llevaban desde las Antillas hacia el continente, lo obtuvo —con casi toda certeza— de los aborígenes insulares que desde hacía milenios iban y venían de la Península de Paria hacia las islas. No es coincidencia, pues, que Cristóbal Colón llegase a esa península, no lejos de los grandes poblados indígenas parianos que constituían la patria lejana de los arawaks y caribes antillanos, quienes —desde comienzos de nuestra era— habían comenzado a poblar el archipiélago desde Trinidad hasta Cuba, llevando consigo los elementos de la vida neolítica: la agricultura, la forma de vida aldeana sedentaria, la alfarería.

El siguiente año, otros exploradores, como es el caso del cosmógrafo italiano Américo Vespucci, navegaron a lo largo de las costas del Centro y el Occidente de Venezuela, llegando hasta las márgenes del actual Lago de Maracaibo o Coquivacoa. De la observación de los grandes poblados palafíticos que existían en las riberas del lago, dice la historia escrita, surgió la denominación de Venezuela, Pequeña Venecia, nombre con el cual hoy se conoce nuestra patria.

Los indígenas venezolanos defendieron con obstinación y valentía los territorios tribales que constituían el asiento de sus etnias. Muchos de ellos pagaron con su vida o con la esclavitud la lucha contra los usurpadores. En algunos casos, como ocurrió con la confederación de pueblos caribes dirigida por Guaicaipuro, los aborígenes venezolanos mantuvieron liberado de invasores españoles el litoral central venezolano hasta 1567.

De manera general, las características de la conquista española se definieron en función del grado de desarrollo histórico que habían alcanzado las etnias aborígenes venezolanas. Donde la sociedad indígena había constituido unidades socio-políticas organizadas, jerarquizadas social y políticamente, el proceso de conquista y dominación fue rápido y efectivo, permitiendo la absorción de las comunidades indígenas dentro de la sociedad clasista impuesta por los españoles. Ello fue posible, en virtud de la relativa compatibilidad que existía entre el modo de trabajo agrícola-feudal que caracterizaba en gran medida a la sociedad española y el de los estados clasistas o el de las sociedades jerarquizadas avanzadas americanas.

Donde, por el contrario, existían comunidades de tipo aldeano igualitario, la contradicción con las características socio-históricas de la sociedad clasista española sólo podía resolverse, en gran medida, por la aniquilación o la esclavitud de los indígenas. En muchos casos, la destrucción física de las comunidades no se debió

solamente a la violencia armada. También las enfermedades contagiosas introducidas por los españoles en América hicieron estragos entre las poblaciones aborígenes que no estaban preparadas para resistirlas. Mucho se ha escrito —y se seguirá escribiendo— sobre el carácter violento y destructivo de la guerra de conquista organizada por los españoles. Pero es también importante resaltar, no como justificación sino como explicación del proceso, que la mayor parte de los españoles que pasaron inicialmente a integrar el aparato militar colonial, al menos en el caso venezolano, eran individuos que vivían casi en la indigencia y que ya no tenían lugar ni futuro en la península. Si para los aborígenes la tierra venezolana era su herencia, su patrimonio, para los españoles inmigrantes su posesión era la única esperanza de un futuro.

CONSTITUCIÓN DE LA BASE SOCIAL DE LA NACIÓN

Las posibilidades reales de implantarse en el territorio venezolano, como de resto de toda América, dependían de que los españoles pudiesen obtener de la fuerza de trabajo aborígen, organizada en los nuevos oficios que requería la forma de explotación mercantil simple, las suficientes materias primas y bienes de consumo inmediato y diferido. Basada en estas condiciones, la nueva sociedad que estaba en proceso de cristalizar podría contar con suficientes recursos para mantenerse y reproducirse, estimulando también la acumulación de riqueza y el intercambio de productos comerciales.

La fuerza de trabajo indígena disponible no era suficiente para acelerar ese proceso, por lo cual, fue necesario importar mano de obra forzada: los esclavos africanos. El origen de estas poblaciones, que fueron obligadas a integrarse a los grupos humanos aborígenes y europeos que ya existían en Venezuela, se situaba, principalmente en Angola, Africa Oriental.

El aporte africano a la formación de la cultura y la sociedad nacional, se sitúa no sólo en el matiz étnico y la fuerza muscular; muchos de los esclavos negros poseían conocimientos sobre minería, metalurgia y herrería, oficios considerados de gran importancia entre las etnias africanas, por lo cual dieron origen con su trabajo a importantes obrajes cuyos beneficios engrosaban las arcas reales. Por otra parte, su contribución a la consolidación de las explotaciones agrícolas comerciales fue de capital importancia para estabilizar la base material de lo que posteriormente devendría la nación venezolana.

La participación de los afrovenezolanos en la formación de la nación fue aún más importante: algunos de ellos habían aprendido a leer y escribir en inglés y francés y conocían los textos revolucionarios que habían producido los filósofos de la Ilustración, donde se hablaba de la Libertad y la Igualdad de los hombres. Esas ideas, que sólo eran conocidas por los mantuanos, generaron un proyecto político insurreccional contra la dominación de los blancos que sirvió para agudizar los conflictos de clase y las contradicciones entre el concepto de país nacional y el de estado colonial.

Los tres grandes grupos humanos que constituyen el contingente principal de la población venezolana, implícita o explícitamente, debieron reconocer —sin embargo— que la salud de la empresa que estaban acometiendo de buen o mal grado, sólo era posible mezclando su sangre y sus talentos. Los otros eran antagónicos pero necesarios, de allí el proceso de mestizaje étnico y cultural que forjó la base social de la nación venezolana.

EL FUNDAMENTO MATERIAL DE LA NACIÓN

Las ciudades y el desarrollo del espacio nacional

A diferencia de aquellas regiones americanas donde la sociedad clasista prehispánica generó el desarrollo de grandes urbes como el Cusco, Chan Chan, Tenochtitlán, Teotihuacán, etc., la sociedad jerárquica, los cacicazgos de Venezuela no llegaron a crear espacios urbanos. Pero sí fueron capaces de humanizar el paisaje y desarrollar en ciertas regiones como Lara, Trujillo, Mérida y posiblemente el Noroeste de Venezuela, obras de infraestructura agrícola: terrazas para el cultivo, canales de irrigación, estanques para almacenar agua, plataformas artificiales para las viviendas, etc. De igual manera, esa forma —podemos decir preurbana de vivienda— conllevaba una cierta concentración de población aborígen en ciertos espacios. De manera correlativa, era allí donde se concentraban mayormente los artesanos y especialistas en tejidos, alfarería, manufacturas en madera, concha y hueso y, en general, los sectores políticamente más organizados de la sociedad cacical jerárquica.

En consecuencia, el proceso de colonización que se opera luego de la destrucción de las etnias indígenas comienza con la reorganización de la fuerza de trabajo aborígen, rescatando de ella los oficios que se adaptan a las necesidades de la sociedad colonial y creando aquellos que eran requeridos por las nuevas formas de explotación agropecuaria y artesanal.

En muchos sitios, como fue el caso de Santiago de León de Caracas, el origen del centro urbano fue el Acta de Fundación de la Ciudad por decisión del conquistador español, nombre que recoge en un topónimo mestizo, el del apóstol cristiano y el gentilicio de la etnia caribe que durante años mantuvo a raya a los soldados españoles. En estos casos, los lugares fueron escogidos por conveniencias geopolíticas y estratégicas.

Las misiones y las encomiendas se desarrollaron allí donde era posible promover las explotaciones agropecuarias, la minería, las artesanías y, donde —por supuesto— existía suficiente población indígena para engrosar la fuerza laboral de aquellos establecimientos.

Es así como vemos, en el espacio de un siglo, que la afirmación territorial de la sociedad venezolana se plasma en multitud de ciudades, aldeas, villorrios, en el desarrollo de un sistema de itinerarios reconocido, una sistematización de la producción y el comercio y una jerarquización de la sociedad en clases sociales que comienzan a vincularse y a definirse en función a su acceso a la propiedad de la

tierra, objeto de trabajo fundamental de la sociedad colonial, y la distribución y el consumo de los bienes que producía o importaba la colonia. Es a través de la consolidación de la sociedad sobre el espacio geográfico, como el Estado colonial comienza a definir el territorio de las provincias que serán la base física del Estado nacional.

Bases de la vida cotidiana. La caza, la pesca y la recolección

Las bases culturales de la vida cotidiana de la sociedad criolla venezolana, siguiendo el proceso de mestizaje que caracterizó y sigue caracterizando su historia, se enraizan profundamente en los procesos de trabajo de la sociedad aborigen. La caza, la pesca, la recolección de vegetales y conchas marinas, continuaron siendo formas comunes de acceder a las proteínas necesarias para complementar la dieta cotidiana. La introducción del ganado y las aves de corral a partir del siglo xvi, representó el inicio de una actividad productiva y reproductiva que no tuvo efectos inmediatos en la sociedad venezolana para desplazar los antiguos hábitos apropiadores, particularmente en las comunidades criollas o indígenas —que eran mayoría— alejadas de los centros urbanos en gestación.

Con el transcurso de los siglos, los productos de la actividad ganadera y la cría doméstica de aves, cerdos y cabras, se fueron convirtiendo en recursos estables para obtener proteínas. Las áreas que históricamente habían sido lugar de asentamiento de las poblaciones pescadoras-recolectoras marinas —sin embargo— continuaron hasta el presente como proveedoras de alimentos marinos a través de las técnicas artesanales milenarias, o industriales, de la pesca y el procesamiento de los peces y frutos marinos. Sin embargo, hoy día, en muchas comunidades campesinas y centros de explotación agropecuaria que aún preservan caracteres artesanales, la caza de las especies silvestres que constituían el reservorio de proteínas de las etnias prehispánicas, así como la pesca fluvial, siguen siendo actividades comunes para obtener las carnes que se consumen en la mesa cotidiana.

Un ejemplo esclarecedor del proceso señalado estaría dado por el poblado de Los Castillos de Guayana, ubicado sobre la margen derecha del Bajo Orinoco. Hacia fines del siglo xv esa localidad parece haber estado ocupada por comunidades indígenas relacionadas con la Cultura Macapaima, que constituía parte del poblamiento aborigen tardío del Oriente de Venezuela. Durante el siglo xvi, los españoles construyeron una fortificación en esa parte angosta del río, con el objeto de impedir el acceso de navíos hostiles hacia la región de Guayana, donde se suponían grandes riquezas minerales y se comenzaba a desarrollar la actividad ganadera. Las comunidades aborígenes fueron integradas o reducidas en el poblado-guarnición. Según nuestras investigaciones arqueológicas en los basureros de las fortificaciones y en el espacio de las viviendas indígenas, durante las primeras décadas del poblado, los europeos adoptaron las formas y hábitos de vida del indígena: consumían carne de venados y tortugas, comían cazabe, utilizaban la vajilla de barro fabricada por los artesanos indígenas; al mismo tiempo poseían vasijas de barro para aceite o vino fabricadas en España, arpones y otros artefactos de hierro.

Posiblemente hacia el siglo xvii o comienzos del xviii, la ganadería en desarrollo en el área de Guayana parece haber originado un importante comercio con otros países europeos como Holanda e Inglaterra. La expansión de la ganadería se manifiesta en un sacrificio creciente de vacunos, cuyos huesos comienzan a reemplazar a los venados y tortugas. De igual manera, la loza o mayólica importada, particularmente la fabricada en Delft, Holanda, comienza a ser de uso común entre los habitantes de Los Castillos de Guayana. Se hacen presentes asimismo las pipas holandesas fabricadas en "gres", para fumar tabaco. Como lo evidencian los documentos históricos de la época, dicho proceso de transformación de la vida cultural y social de los pobladores de Los Castillos estuvo ligado al comercio de mercancías o bienes manufacturados en Europa, por los cueros y carnes saladas que se producían en Guayana y se exportaban —posiblemente— a través del puerto de Los Castillos.

Testimonios similares revela la arqueología en distintos pueblos de misión del Norte de Anzoátegui, como Caigua, donde la arqueología nos informa que los indígenas que vivían en torno a la misión conservaban sus hábitos de recolección marina, caza de venados utilizando flechas con puntas de hueso, recolección de gasterópodos terrestres, todo asociado a un contexto donde se mezclan las cuentas de collar en hueso con las de vidrio veneciano, la mayólica utilitaria española y los huesos de ganado vacuno.

Podríamos decir que existió, al parecer, una interpenetración progresiva de los procesos de trabajo que caracterizaban a la sociedad indígena en disolución, con los que caracterizaban a la sociedad clasista en ascenso. Esta interpenetración se produjo con ritmos diferentes según el grado de integración de las comunidades con los procesos socio-históricos de la sociedad clasista, generando así distintos tiempos históricos dentro del conjunto de poblaciones que se van amalgamando dentro del espacio histórico y temporal de las diferentes provincias del territorio venezolano.

La producción de textiles

El uso de textiles representaba un factor de fundamental importancia para el desarrollo de la vida cotidiana de la naciente sociedad venezolana. Cuando se analizan los contenidos de los testamentos dejados por los soldados o mercenarios que se adentran en los territorios ocupados por las etnias indígenas en el siglo xvi, se observa el valor económico que tenían las pobres y escasas vestimentas dejadas en consignación a los Tenedores de Bienes de Difuntos. Parece obvio que la importación de telas desde los lejanos centros de producción y distribución en Europa no era fácil tarea. Por esa razón, ya desde el siglo xvi surge la producción artesanal de textiles en aquellas regiones históricas donde las condiciones socio-históricas de la fuerza de trabajo aborígen habían generado la aparición de especialistas en el tejido, así como extensos cultivos como el algodón y sisal que proveían la materia prima para la producción de telas. Por otra parte, la introducción de ganado lanar a partir del siglo xvi, constituyó otra fuente de materia prima para la naciente industria textil artesanal.

La producción masificada de tejidos para la confección de vestidos, cobijas, hamacas, bolsas y sacos para almacenar la producción agrícola, para el transporte cotidiano de los enseres personales (macutos, marusas, etc.), en algodón, sisal o lana de ovejas, necesitaba —aparte de la destreza técnica de los trabajadores aborígenes— la introducción de medios de producción más avanzados que los telares utilizados por los tejedores prehispánicos. Ello se materializó en el uso del telar horizontal, con dobles lizos y pedales, cuyo empleo era común ya en Europa, Asia y África desde los primeros siglos de la era cristiana, en la confección de telas. Estos telares empezaban ya a ser desplazados en países como Holanda e Inglaterra por maquinarias más complejas que presagiaban, desde el Renacimiento, el auge del maquinismo y la producción capitalista.

La característica de la interpretación cultural de los modos de trabajo aborígenes y los introducidos por los españoles, se manifiesta en la constitución particular de la cadena de gestos técnicos que llevan hasta la elaboración de los textiles. Máquinas como la rueca, utilizada en Europa para hilar y devanar los hilos, fueron suplantados por el huso de volante discoidal empleado por los artesanos indígenas prehispánicos. En muchas partes del Noroeste de Venezuela los españoles agruparon a los artesanos indígenas en encomiendas denominadas obrajes. Una de las primeras ciudades de esa región histórica, El Tocuyo, dio su nombre a un género de tejidos cuya difusión y renombre se extendió hacia muchas otras provincias y colonias españolas de Suramérica.

La ausencia de monedas metálicas determinó también que las telas, evidentemente un bien económico escaso, se convirtieran en un equivalente de las unidades monetarias. De igual manera, la importancia de estos obrajes y del producto artesanal que elaboraban determinó la formación de comunidades de especialistas artesanales en tejidos de telar que, no sólo compartían una práctica productiva, sino que también desarrollaban simultáneamente el pastoreo de ovejas, el cultivo del algodón y el sisal y, a veces, formas de propiedad comunitaria de la tierra basadas en el parentesco consanguíneo.

La metalurgia y la minería

Desde los inicios del siglo XVI comenzó —particularmente en el Occidente de Venezuela— la prospección minera y el establecimiento de talleres de fundición y forja de metales, especialmente del hierro y del cobre. El desarrollo de esta producción artesanal no tenía antecedentes en el modo de trabajo aborígen por lo cual su concreción se basó, por una parte, en la tecnología metalúrgica europea y, por la otra, en el conocimiento de la herrería que poseían determinados grupos de africanos traídos como esclavos al continente.

De las forjas y fundiciones organizadas en base al conocimiento y las destrezas de los afrovenezolanos, salieron los cuchillos, azadas, hachas y calderos de hierro necesarios para las labores agrícolas y el procesamiento de la caña de azúcar; los clavos para las construcciones; los componentes metálicos de los trapiches de moler caña de azúcar, de las ruedas de carreta, vitales para el transporte de

mercaderías; goznes de puertas; campanas de iglesia; barretones para la explotación minera, y máquinas-útiles para permitir el desarrollo de la misma y otras artesanías: componentes de fuelles para la fragua, sierras para cortar madera, etc.

Así como los tejidos proporcionaban insumos para la vida doméstica y la producción agrícola, la metalurgia y la minería creaban los apoyos técnicos que sustentaban el desarrollo de formas de explotación agrícola como la plantación, que representa el antecedente básico de la acumulación capitalista originaria y la sociedad de clases que permitiría, siglos después, el surgimiento del Estado nacional. Por otra parte, la metalurgia generó a su vez el surgimiento de otros oficios complementarios necesarios para fabricar los componentes materiales para la reproducción de sus mismos procesos de trabajo: carpinterías donde se llevaba a cabo la fabricación de vagonetas para cargar el metal; tejerías que fabricaban los sacos para extraer el metal de las vetas mineras; talabarterías y cueros para reparar y hacer nuevos fuelles; cordelerías para la fabricación de sogas y cabestros; carboneras donde se hacía el carbón para las fraguas, etc. De igual manera, se desarrollaron jerarquías laborales novedosas, antecedentes importantes de un sector productivo donde los indígenas podían vender su trabajo, no el producto del trabajo como ocurría en explotaciones artesanales como el tejido. La mano de obra esclava, así como la indígena, constituyeron el basamento de un proletariado artesanal necesario para la consolidación de la sociedad de clases capitalista y, como hemos dicho, del surgimiento del Estado nacional.

La alfarería

La alfarería constituyó una de las formas de producción y transformación de la materia prima más característica de las sociedades aborígenes tribales. El desarrollo de nuevas funciones domésticas en la sociedad clasista que se genera a partir del siglo XVI, así como la influencia formal de la alfarería europea, determinan el surgimiento de una forma criolla de producción alfarera artesanal.

Las alfareras criollas abastecían al mercado doméstico colonial, y luego al republicano, con ollas, jarras, tazas, platos, budares, pimpinas, floreros, etc., cuyas técnicas de fabricación reproducían la tradición aborígen mezclada con los estilos y formas necesarios para las tareas culinarias, familiares y comerciales que debían cumplirse en la sociedad clasista. Parte de dichas funciones fueron posteriormente cumplidas mediante el empleo de objetos de loza y alfarería cuyas formas no tenían tradición en la artesanía aborígen: bacinillas, escupideras, morteros, poncheras, vajillas de lujo, calderos de hierro y cobre traídos en su mayor parte de Europa o fabricados en otras explotaciones artesanales de las provincias venezolanas.

La cestería

La fabricación de cestas, tradición fuertemente enraizada en las sociedades aborígenes venezolanas, se incorporó también como proceso de trabajo al conjunto de la nueva economía que sustentaba a la sociedad clasista, conservando muchas

de las funciones originales: sebucanes para exprimir la yuca rallada, maneras para cernir la harina de yuca, almacenamiento de frutas, raíces, pescados, etc.; transporte de objetos personales (macutos, marusas, catumares, etc.). De igual manera, la cestería respondió a las necesidades que planteaba la recolección de frutos como el café y el cacao, la limpieza de los granos de trigo, desarrollando también formas europeas tales como las cestas con asas para el acarreo a mano.

En algunos casos, la cestería generó comunidades de artesanos como sucedió con el tejido de telar. Pero la mayoría de las veces la cestería parece haber continuado como una especialidad individual o como un conocimiento generalizado, practicado por las poblaciones criollas campesinas.

La vivienda

Uno de los factores fundamentales en la estabilización y el desarrollo de los centros poblados que surgen a partir del siglo xvi fue la transferencia de los conocimientos arquitectónicos generados por las sociedades aborígenes que habitaban el territorio de la actual Venezuela. Hasta comienzos del siglo xx, los sistemas constructivos campesinos y urbanos de la sociedad venezolana estuvieron dominados por la tradición indígena: el uso de bahareque (barro seco mezclado con paja como aglutinante), la caña brava, los bejucos y los troncos de árboles, las hojas de palma para la techumbre.

La tradición de sistemas constructivos europeos introdujo el empleo de los adobes, la tapia, la argamasa, la piedra, el ladrillo, las tejas, las puertas de madera, los clavos y las cerraduras metálicas. El desarrollo de las formas de propiedad individual generó los cerramientos del espacio doméstico con paredes, puertas y batientes para ventanas, allí donde la propiedad comunal indígena había generado el espacio doméstico abierto hacia el exterior.

El espacio doméstico de la vivienda campesina o proletaria urbana conservó la característica de la tradición aborígen como era la unidad de las áreas de actividad: dormitorio, cocina, área social, conjuntamente con el mobiliario no europeo como las hamacas o chinchorros, topias, budares, vasijas de barro o taparas, cestas, piedras de moler, etc., reflejando el sentido igualitario de la familia.

Por el contrario, el espacio doméstico de las viviendas de la clase dominante se organiza en función de la jerarquización clasista que caracteriza el perfil de la sociedad, particularmente en las áreas urbanas: la gran sala, los patios, las viviendas de los señores, el comedor de los señores, donde se cumple la actividad doméstica y social de la familia. En el área de servicios, esto es, la cocina, la vivienda de los esclavos y servidores, los establos y el corral, transcurre la otra vida del grupo doméstico.

En cuanto al mobiliario, el uso predominante de sillas, mesas, arcones, aparadores, gaveteros, etc., característicos de esta vivienda, así como la fabricación y uso de puertas, ventanas, celosías de madera, etc., indican la existencia de leñadores, aserraderos y carpinteros cuya fuerza de trabajo producía los enseres para

la vida doméstica de los mantuanos, así como también para el uso de los edificios administrativos, religiosos o de comercio.

Según los modos de vida de las diferentes áreas históricas, así se desarrollaron los sistemas constructivos, utilizando materiales locales, adaptando la vivienda a las condiciones ambientales variadas que ofrecía el territorio.

Hasta bien entrado el siglo xx la estructura de la vivienda venezolana, en cuanto a los sistemas constructivos y la composición del espacio doméstico, conservó sus trazos originales: la vivienda campesina o proletaria urbana, con un espacio doméstico indiviso, o dividido básicamente en un espacio social y un área de actividades domésticas, y la vivienda urbana o señorial campesina, organizada en torno a la jerarquización en áreas de actividad del espacio doméstico.

En los últimos cincuenta años del período republicano el crecimiento demográfico de la población urbana determinó el uso, en gran escala, de nuevos sistemas y materiales constructivos, así como el regreso a la vivienda colectiva: los edificios de apartamentos. En éstos, a diferencia de la vivienda comunal de las sociedades aborígenes, los habitantes no están unidos por vínculos consanguíneos sino por su relación de clase social.

Los transportes y las vías de comunicación

Los medios de transporte y de acarreo corporal constituyeron uno de los aportes fundamentales de la sociedad aborígen al proceso de formación de lo que devendría la nación venezolana. El acarreo en cestas, utilizando como vehículo el propio cuerpo de la persona, parece haber sido un elemento fundamental para la movilización de mercancías entre poblaciones, cuando las rutas de comunicación eran simples itinerarios marcados por senderos o trillas. Los "catumares", verdaderos morrales de cestería, apoyados sobre la espalda del porteador y suspendidos por una tira de corteza pasada alrededor de su frente, servían para el transporte pesado por tierra conjuntamente con las cestas y sacos de sisal portados a lomos de bestias o en las carretas, carretillas o parihuelas de origen europeo. Otras cestas o bolsas manufacturadas con fibras flexibles, denominadas "macutos", "mapires", etc., se utilizaban para el transporte de objetos personales o de menor tamaño.

La navegación fluvial o marítima dependía, fundamentalmente, de la tecnología naval aborígen. Las canoas monoxilas, con sus bordas levantadas mediante tablones, pasaron a constituir el "bongo", medio de navegación de primordial importancia para el transporte pesado, cuyo uso es todavía de gran relevancia en el comercio fluvial y la pesca artesanal en los ríos de la Cuenca del Orinoco.

La propulsión y dirección de las embarcaciones, originalmente basada en el empleo de "canaletes" o remos, se vio complementada con la adición de velas y timones. Entre las poblaciones pescadoras de la costa caribe venezolana parece haberse impuesto el diseño de los botes construidos con tablas y costillar de madera, de acuerdo con la tradición europea. Es posible que esas embarcaciones,

luego denominadas “peñeros”, representasen un mejoramiento estructural para la navegación en alta mar. De igual manera, las comunidades marítimas desarrollaron astilleros artesanales donde no sólo se construían botes o peñeros con propulsión a remo, sino también embarcaciones de mayor calado y tonelaje propulsadas mediante un complejo sistema de velamen: faluchos, tres puños, etc., que constituyeron el eje del comercio y la pesca artesanal en el litoral venezolano hasta la introducción del motor marino en el siglo xx.

No fue hasta el siglo xviii cuando los espacios terrestres comenzaron a ser sistemáticamente organizados en términos cartográficos y de rutas o caminos formalmente reconocidos, para el desplazamiento de personas así como el uso de vehículos con ruedas y tracción animal, para el transporte de cargas entre centros poblados. De igual manera, hay evidencia de trabajos de cartografía marina en las regiones litorales más relevantes, para el transporte de mercancía y personas y la explotación de recursos marinos.

Ese interés por organizar el espacio y facilitar la integración y circulación de productos y bienes de consumo, entre los territorios de la provincia, parece coincidir con el auge de la producción capitalista agraria basada en el monocultivo y el sistema de plantación. La consolidación de la sociedad clasista requería —asimismo— una clara definición de los espacios, que dependía de o era necesaria para el desarrollo de las formas de circulación de materias primas, bienes manufacturados, personas, etc. La conversión de los simples itinerarios en “camino reales” contribuyó efectivamente a la integración de lo que devendría posteriormente el territorio nacional. Sin ese trazado de rutas, cualquier actividad, incluida la planificación estratégica de la Guerra de Independencia, hubiese sido prácticamente imposible, sin hablar de la posibilidad de introducir vehículos o armas con ruedas que necesitaban superficies uniformes para su desplazamiento.

El comercio

El desarrollo de la sociedad clasista a partir del siglo xvi determinó la disolución de las relaciones económicas basadas en el intercambio, en el valor de uso de los bienes trocados, que era característica de la sociedad tribal aborígen.

El proceso de conquista y colonización debía contar, como en efecto ocurrió, con la implantación de las estructuras estatales metropolitanas en las provincias venezolanas. Pero dicha implantación sólo era factible, exitosamente, si al mismo tiempo la población generaba la producción de bienes de uso y alimentos suficientes para mantener el consumo doméstico de la nueva forma social clasista, donde no todos eran productores primarios. Era necesaria una reorganización de la fuerza de trabajo, aborígen y esclava, encuadrada dentro de oficios claramente definidos para obtener una producción excedentaria, que mantuviese tanto al grupo europeo dominante como a todos aquellos individuos, servidores domésticos, trabajadores libres, esclavos, etc., cuya producción individual no satisfacía la totalidad de sus necesidades cotidianas.

La situación anterior determinó el desarrollo de una producción artesanal criolla de bienes materiales y alimentos, que fue capaz de suplir, por lo menos, el mínimo de exigencias del consumo doméstico de los habitantes de las distintas provincias.

Por otra parte, la disolución del carácter autárquico de las comunidades y grupos domésticos que tipifica a la sociedad tribal aborígen, y por la otra, la implantación de una forma de producción diversificada y especializada por regiones y sectores laborales, característica de la sociedad clasista, reclamaba necesariamente un sistema de circulación y distribución de mercancías para aprovisionar tanto a los centros urbanos como a la variada gama de aldeas, pueblos de misión, encomiendas, etc., que surge en Venezuela durante las primeras décadas del régimen colonial, los cuales —al parecer— ya poseían formas de producción artesanal y agropecuaria especializadas en ciertos renglones de la economía.

Ese proceso de producción, distribución, cambio y consumo de mercancías, debía apoyarse en una red de itinerarios y rutas de comunicación reconocidas, medios de transporte masivo como las carretas tiradas por tracción animal, embarcaciones fluviales y marítimas, y el acarreo corporal de bienes de consumo, cuyo desarrollo se sanciona oficialmente como necesidad fundamental de la colonia hacia finales del siglo XVIII.

La producción agropecuaria, particularmente de cacao, tabaco, así como cueros y otros insumos como el añil, generó un comercio de exportación cuyos beneficios se manifestaron en un fuerte flujo de capital dinerario, esencial para mantener el circulante en moneda, relativamente escaso en las provincias de Venezuela. Esos beneficios engrosaban directamente la riqueza y el poder político de la nobleza criolla, los mantuanos, quienes —a su vez— controlaban el comercio al mayor en el interior del país.

La producción artesanal y la agropecuaria, originadas tanto en las plantaciones, hatos, talleres familiares y unidades de producción agrícola de carácter doméstico, aprovisionaban el mercado interno de las provincias venezolanas a través de una red de mercados y comercios al detal que funcionaba tanto en las ciudades como en los villorrios y caseríos. Esa red de circulación de mercancías contribuyó a integrar, a su vez, una red de relaciones de complementariedad entre las comunidades campesinas y las urbanas, entre ciudad y campo, así como entre las mismas comunidades campesinas. A través de dicha red circulaban diversas mercancías: ganado en pie, aves, cecinas, pescados salados, cueros, lana, sebo, azúcar, miel, jabón, loza, instrumentos metálicos, cazabe, legumbres, tabaco, zarzaparrilla, mantas, algodón, telas, cuerdas, etc. Asimismo, se vendía trabajo de herradores de caballos y mulas, de sastres, pellejeros, guarnicioneros, zapateros, traperos, juglares, toreros, artistas de teatro, etc.

Todo ese pequeño comercio al detal, a veces quizá enmarcado dentro de una forma de circulación simple, se hallaba principalmente en manos de pardos y manumisos que iban surgiendo como una pequeña burguesía. Dicho comercio se efectuaba a través de las pulperías y quincallas así como a través de los comercios

ambulantes, proveyendo asimismo a estos últimos de un servicio vital como era el transporte del correo entre los centros poblados.

La existencia de una sociedad dividida en clases tuvo un correlativo en la ordenación territorial basada en lugares jerarquizados: la ciudad o centro principal que resumía todas las funciones de las comunidades pequeñas, además de las administrativas; los poblados de menor rango que constituían centros secundarios para el almacenamiento y distribución de mercancías, que nacieron en las intersecciones o puntos intermedios de los itinerarios o caminos y, finalmente, los centros de producción agropecuaria y artesanal.

De manera simultánea, estos centros intermedios eran la sede de mercados abiertos que se constituían periódica y alternadamente en una u otra comunidad, para que los comerciantes y pequeños productores domésticos pudiesen contar con una clientela suficientemente grande para hacer rentables sus oficios.

A través del proceso del comercio provincial e interprovincial, se fueron definiendo formas de relación social, cultural y política que, al mismo tiempo que consolidaban la dominación y la explotación de una clase sobre las otras, afianzaban también el sentimiento de unificación nacional que, en el futuro, entraría en conflicto con la estructura del Estado colonial metropolitano.

La alimentación

El proceso de interpretación de las diferentes tradiciones culturales que confluieron en la formación de la sociedad nacional, se refleja claramente en los alimentos que aún hoy día siguen siendo el fundamento de la conducta culinaria de los venezolanos. De herencia indígena son la yuca, el maíz, las caraotas y frijoles, la ayuama, el ocumo, la batata, la papa, el apio, el tomate, la lechosa, el anón, la piña, la guayaba, el cacao y tantos otros más. La herencia española nos dejó el trigo y otras plantas introducidas desde variadas regiones de Europa y Asia: el café, el arroz, la caña de azúcar, los cítricos, el repollo, la lechuga, la remolacha, la cebolla, el ñame, las bananas, etc.

El mestizaje cultural se refleja en la composición de nuestras comidas. Uno de los platos más comunes de la dieta diaria venezolana, "el pabellón con baranda y tropezones", incluye los frijoles negros, de herencia aborígen, el arroz blanco, originario del Sudeste de Asia, la carne de cerdo, traída de Europa, el queso blanco, manufacturado con la leche de vaca introducida desde Europa, las tajadas de plátanos, introducido desde Asia o Africa, las especias, de origen asiático y el aceite de oliva, introducido desde el Mediterráneo.

La arepa, la cachapa y la hallaquita de hoja siguen figurando en las comidas cotidianas del venezolano, como alimentos que han permanecido durante siglos dentro de la estética culinaria nacional, no obstante la popularidad de los introducidos en las últimas décadas, como el espagueti y sus similares y comidas rápidas de origen europeo asimiladas por los anglosajones, tales como el hot-dog y el hamburger.

El carácter distintivo de una sociedad se identifica a través de los hábitos de su vida cotidiana. Y los de los venezolanos denotan combinaciones muy singulares a partir del siglo XVI, mostrando una particular capacidad de conservar las costumbres, a la par que una avidez por asimilar lo novedoso que prontamente es capturado y acumulado dentro de la tradición.

La agricultura: factor de consolidación y proyección histórica de la sociedad clasista

El conuco

El cultivo en conuco ha sido la forma histórica dominante en la producción de alimentos de consumo cotidiano en la sociedad criolla. Desde los albores del proceso de neolitización, hace más de 3.000 años, las comunidades de la sociedad tribal venezolana acostumbraban deforestar y quemar extensiones limitadas de suelo para producir, a través del policultivo, los productos vegetales de consumo cotidiano.

Aquella práctica llevaba aparejado el uso de la coa para remover el suelo y la utilización de las cenizas resultantes de la quema, como abono para las plantas. De la misma manera, se hacía imperativo un proceso de abandono cíclico de los conucos para dejar que la tierra, agotada por el uso intensivo, regenerara sus nutrientes. Desde el punto de vista social, esa forma de agricultura itinerante generó una forma de uso patrimonial de la tierra que, posteriormente, entraría en contradicción con la forma de propiedad privada de la tierra, generada por la sociedad clasista-estatal venezolana. Las mejores tierras de cultivo fueron acaparadas por los empresarios agropecuarios de la encomienda, que constituyó el antecedente de los latifundios posteriores. Las comunidades aborígenes debieron contentarse con las tierras menos productivas. Y ya, cuando el indígena se criolliza y deviene campesino, no posee más título de propiedad de la tierra, que es su objeto de trabajo, su medio de trabajo, que el uso consagrado de la tradición patrimonial aborígen. Las misiones generaron formas de propiedad colectiva que aún perduran en ciertos casos, así como títulos reales de propiedad de la tierra concedidos a determinadas comunidades indígenas. Pero la mayoría de los mestizos e indígenas criollizados engrosaron la gran masa de desposeídos de la tierra que, en el siglo XX, pasarían a ser la bandera de los partidos políticos populistas a través de la propuesta de reforma agraria. A través de ésta, se legalizó la posesión de pequeñas explotaciones agropecuarias, se fijó al suelo al agricultor itinerante para contener un problema social que había antagonizado la propiedad latifundista y que comenzaba a devenir en un obstáculo para las formas de explotación capitalista y comercial de la agricultura.

La disolución de las prácticas y procesos de trabajo que habían caracterizado a la sociedad preclasista y precapitalista venezolana, ligadas al cultivo del conuco, se inicia con la formación de extensas propiedades territoriales asociadas con el monocultivo comercial. El reciclaje dentro del monocultivo de plantas aborígenes como la papa, entre otros, se acompañó de la introducción del arado de madera

tirado por bueyes, técnica que multiplicaba la capacidad productiva del conuco y de la roturación manual de los suelos.

El arado dental, introducido en España meridional por los árabes, conjuntamente con las técnicas de irrigación y los sistemas hidráulicos, pasó a utilizarse en Venezuela en condiciones similares, particularmente allí donde los aborígenes ya habían desarrollado también obras de regadío y terrazas para el cultivo en pendiente.

El desarrollo de la agricultura, como sostén general de la expansión y consolidación de la población venezolana, contribuyó a definir lo que sería posteriormente el espacio territorial de la nación, así como ya era la base económica del Estado colonial. De igual manera, la tendencia a desarrollar el tejido urbano colonial en aquellas áreas que tenían una mayor densidad de población aborígen, sedentarizada y organizada en sistemas políticos como los del modo de vida cacical jerárquico, reforzó al mismo tiempo que redefinió, el carácter de las regiones históricas que habían caracterizado al proceso de neolitización prehispánico.

Principales modos de vida de la sociedad clasista: su proyección en la historia contemporánea

La mayor concentración de "grandes" centros urbanos, conectados con el proceso productivo o agropecuario, se desarrolló en la costa central y los valles centrales, el Noroeste y la Región Andina de Venezuela. En el Oriente de Venezuela, el desarrollo urbano, particularmente costero, obedeció principalmente a intereses estratégicos, siendo como era y es esta región uno de los puntos claves del acceso ultramarino hacia el territorio nacional y de las rutas marinas hacia el Caribe. La masa interior del territorio venezolano estaba ocupada por extensas sabanas que se prolongan hacia el centro y el suroeste del país. Allí, la disolución de la sociedad tribal preclasista se produjo mediante el desarrollo de un modo de vida pastoril, fundamentado en la ganadería vacuna y caballar. Cuando hablamos de vida pastoril nos queremos referir concretamente a un tipo de explotación y reproducción de rebaños, donde la actividad del hombre se concentra, particularmente, en la cosecha y herraje anual de los animales jóvenes, el sacrificio de los toros para obtener carnes y cueros, el procesamiento de la leche para quesos, y la doma y adiestramiento de caballos para la venta.

La característica de esas explotaciones pastoriles era la ausencia de delimitación física de la tierra tenida en propiedad, salvo por referencias topográficas. La marca de propiedad se aplicaba a los semovientes y era peor delito usurpar una res que apropiarse de tierras ajenas.

La presencia de inmensos rebaños de ganado modificó grandemente la forma de vida de las etnias aborígenes llaneras. Su nivel de desarrollo histórico fluctuaba entre el carácter apropiador nomádico y el horticultor, cazador-recolector semi-permanente, por lo cual no tuvo dificultad en adaptarse a la vida seminomádica que debían llevar los pastores de ganado. Las viviendas, constituidas generalmente por un techo de palma, el sentido igualitario y rudo de la vida de los hatos, la importancia de la caza y la pesca para la subsistencia diaria, el papel secundario

que desempeñaba la agricultura en el modo de vida pastoril e incluso el empleo de elementos culturales aborígenes como la hamaca, la lanza, la cestería, canoas monoxilas, recipientes de totuma, el empleo de escasas vestimentas para cubrirse el cuerpo, etc., son indicadores de la facilidad como debe haberse operado la transferencia de hábitos de un modo de vida al otro, de una formación preclasista a una clasista.

En los variados espacios del Occidente de Venezuela, por el contrario, se desarrolló un modo de vida campesino, agricultor o agropecuario, que subsumió la mayor parte de los componentes materiales y sociales que caracterizaban al modo de vida tribal jerárquico cacical. El encomendero o las misiones construyeron sus explotaciones económicas desarrollando la base material heredada de la sociedad aborígen, cultivando comercialmente las plantas nativas como la papa, el maíz, el tabaco, el cacao y los cultígenos introducidos desde el Mediterráneo: trigo, cítricos, café, arroz, etc.

La estructura de clases resultante de la disolución de la sociedad tribal estaba también, como aquélla, fuertemente jerarquizada y organizada, única manera de gerenciar las prácticas agropecuarias que debían desarrollarse sobre espacios bien delimitados en términos de propiedad de la tierra utilizando recursos hidráulicos, cuyo uso debía ser regulado entre los diferentes empresarios.

Contrariamente a lo que ocurrió en el modo de vida pastoril de las llanuras venezolanas, la diferencia objetiva entre el empresario agrícola, sea el encomendero, la misión o el dueño de plantación y el siervo, el esclavo o el peón, está fuertemente marcada en las relaciones sociales de producción y en las expresiones de la vida cotidiana. Se conservan muchos elementos de la base material que caracterizaba el modo de vida cacical jerárquico: los hábitos de cultivo, la estética culinaria, las formas de vestir, los procesos de trabajo doméstico, las formas de vivienda, etc. La agricultura de conuco asociada con la plantación constituye el aspecto central de este modo de vida campesino, bañado o matizado fuertemente por la influencia de la religión católica.

Estos dos modos de vida que caracterizan grandemente la formación clasista venezolana en sus inicios, van a determinar el desfase de tiempos históricos que ambos representan. Dentro de los procesos de determinación socio-histórica que marcan la evolución de las formas políticas de la sociedad clasista, el modo de vida pastoril genera las condiciones más relevantes para la disolución del Estado colonial, dentro de las concepciones estratégicas de una contienda para la instauración del Estado nacional, como fue nuestra Guerra de Independencia. La acumulación de capitales y recursos humanos que había generado la economía del modo de vida pastoril eran esenciales para librar y ganar las batallas: a) alimentación abundante al alcance de la mano, representada por los extensos rebaños de ganado vacuno, b) posibilidad de reclutar hombres entrenados en los fundamentos de la táctica militar: excelentes jinetes, dureza física, destreza en el manejo de las armas blancas, rapidez de desplazamiento, capacidad de sobrevivir dentro de condiciones de extrema carencia alimentaria, sentido de identificación con el patrón o caudillo. Todas estas condiciones convergieron en la formación de una excelente máquina militar, bien comandada, que fue —a la postre— decisiva en el triunfo de la causa

de la Independencia de Venezuela. De igual manera, determinaron que el peso mayor de la larga campaña emancipadora recayese sobre los llanos de Venezuela y las zonas urbanas que bordean su frontera norte, exigiendo un fuerte tributo en vidas humanas y recursos económicos.

Los inicios del período Republicano, y su prolongación durante todo el siglo XIX, estarán marcados por el ascenso y predominio político de los caudillos militares llaneros, hábilmente manejados por las oligarquías comerciales urbanas y los sectores terratenientes del campo. Esa época dorada de los hombres llaneros fue cantada por los literatos de ese momento, quienes exaltaban la épica de los centauros, las virtudes y la sobriedad del llanero, justificando ideológicamente las características del proceso político que vivió la nación durante la mayor parte del siglo XIX.

Pero los factores que decidieron el triunfo militar de la causa independentista no fueron capaces de asegurar el éxito organizativo del modelo político republicano durante el siglo XIX. Contrariamente, produjeron ineficiencia, corrupción, despilfarro de recursos e inestabilidad política. La concepción de Estado anarquizado igualitario, sin más fundamentación filosófica que el populismo pragmático de quienes veían la nación como un gran fundo o un extenso ható, respondía a las formas de conciencia social generadas dentro de una sociedad pastoril, con escaso desarrollo de las fuerzas productivas, pero no a las necesidades del capitalismo emergente para el cual las bravatas caudillistas comenzaban a constituir una molestia vernácula.

No es simple coincidencia que la introducción del pensamiento positivista, en los años postreros del siglo XIX, coincidiese con la expresión de conceptos como "restauración", "orden" y "paz y progreso". Sin esas condiciones históricas, la consolidación de la sociedad capitalista no podía instaurarse en Venezuela. Pero, ¿dónde estaban las fuerzas sociales que podían servir de instrumento para ese proceso? Agotadas las posibilidades históricas generadas por el modo de vida pastoril, era necesario recurrir a quienes, durante siglos, se habían empeñado en desarrollar una sociedad jerarquizada e integrada, con un concepto de la administración y gerencia efectiva de la producción y el capital, la ley y el orden, cuyos recursos materiales y humanos habían sido preservados de la devastación de la guerra nacional y los enfrentamientos caudillistas de los inicios de la República. Esas condiciones existían en la región histórica andina venezolana. Convertir en ejército moderno al personal de campesinos y administradores de las plantaciones, hombres acostumbrados a respetar las jerarquías sociales, al trabajo metódico, a la acción silenciosa y efectiva, parece haber sido cosa fácil en los albores del siglo XX. Y, en breve tiempo, los batallones de infantería andinos, punta de lanza de la Revolución Libertadora, provistos con las armas más modernas del arsenal militar de la época, derrotaron en una campaña relámpago a los grandes capitanes, epígonos de la sociedad pastoril, en el Centro y Oriente de Venezuela. Fue el momento histórico que marcó la consolidación de la sociedad capitalista, de la organización clasista del trabajo, la producción y la distribución de la riqueza, así como —posteriormente— la sustitución del trabajo y la producción agrícola por el trabajo y la producción industrial, como grandes productores del capital... y el

surgimiento de otras formas de dependencia neocolonial que, a su vez, generaron el surgimiento de nuevas formas de conciencia social que preconizaban: a) la lucha por recuperar la soberanía nacional, materializada en la posesión de las industrias básicas por parte del Estado venezolano. b) Lucha contra la injusticia social, basada en la redención del campesino sin tierras. c) Defensa de los derechos civiles de los trabajadores. d) Democratización de los mecanismos de toma del poder, que favoreciesen el ascenso de la pequeña burguesía y la clase trabajadora marginadas hasta 1945 de la toma real de decisiones políticas.

Vemos así cómo el desarrollo del Estado nacional podría explicarse a la luz de una teoría sustantiva capaz de ordenar, en un proceso singular, los órdenes causales que generan las contradicciones entre el trabajo humano, el espacio geográfico y los tiempos históricos. Podemos observar, igualmente, que el proceso de disolución de las formas sociales apropiadoras, las características de la neolitización de la sociedad aborígen que se inicia hacia comienzos del primer milenio antes de Cristo, la conformación de la sociedad clasista a partir del siglo XVI, son pertinentes para explicar el presente de la sociedad venezolana, como ya lo han expresado en sus obras distintos historiadores venezolanos.

ORÍGENES DE LA NACIÓN VENEZOLANA

Los orígenes de la nación venezolana deben buscarse, pues, no en el estudio de períodos históricos considerados como estructuras inmóviles y estancas, sino en los procesos que describen y analizan la lucha de los hombres por desarrollar e imponer la fuerza de su trabajo y crear las condiciones materiales y espirituales de vida que garanticen su pervivencia y continuidad como comunidad social.

Ese proceso de acumulación y reformulación de los logros del trabajo humano, que denominamos "Herencia Cultural", tiene una definición espacial y política, la identidad nacional, determinada por la adscripción a un determinado territorio física y políticamente determinado; a una ascendencia y una historia comunes y —por otra parte— una identidad cultural que se expresa en la posesión de una lengua común, vivencias y formas de vida compartidas que permiten interrelacionar los fundamentos de la vida cotidiana que caracterizan la existencia de un pueblo y una nación determinada.

Para que exista conciencia de Nación, en todas sus manifestaciones, es necesario que exista conciencia de la historia de esa nación. No basta con decir que somos venezolanos por la simple contingencia de haber nacido en este país. Ser venezolano es una forma de conciencia que se adquiere y se forma por el conocimiento, la participación y la práctica de los atributos y caracteres que nos confiere la historia de la nación, la Herencia Cultural. Y esa forma de conciencia sólo puede ser transmitida a través de la educación en todas sus formas: la escuela, los liceos y las universidades, los museos de historia y cultura nacionales, el turismo formativo, las casas de cultura, los ateneos, etc., en la medida en que dichas instituciones respondan a un proyecto y a una inquietud común de enseñar a los ciudadanos la manera de entender, apreciar y querer la historia de la nación.

Es importante también que la historia de la nación se investigue, partiendo de criterios coherentes con aquel planteamiento. No puede existir una antropología de las sociedades prehispanicas y una historia que sólo se inicia cuando aparecen los documentos escritos. La historia es un proceso global del desarrollo de la sociedad y el trabajo humano, objetivamente dividida en dos grandes períodos o estadios: 1. el estadio sin clases sociales, donde la comunidad está constituida por sobre la base de los vínculos de parentesco y la posesión de una cultura común. Este estadio caracteriza el proceso que va desde las antiguas comunidades apropiadoras del ambiente, a través de la caza, la pesca y la recolección, que aparecen y dominan la escena histórica desde hace millones de años hasta —según los distintos continentes— 8.000 a 1.000 años antes de nuestra era, cuando se inicia el proceso de sedentarización y neolitización. 2. El estadio de las sociedades clasistas, caracterizado por la disolución de las relaciones igualitarias características del estadio anterior y el apareamiento de otras nuevas formas donde los vínculos parentales son sustituidos por relaciones políticas, de dominación de unos grupos sobre otros, la aparición de la propiedad privada, la nación y el Estado como expresión de la estructura clasista.

Así, el desarrollo del concepto de nación está indisolublemente ligado al concepto de la historia como proceso global. Si bien aquellos estadios son universales, las condiciones como se producen no lo son. Hay, como hemos mostrado al comienzo, una diversidad de factores que confluyen en el desarrollo de la nación que son de carácter histórico, social y cultural, que se dan dentro de condiciones geográficas y ambientales que cada sociedad debe transformar de acuerdo a sus intereses y su nivel socio-histórico de desarrollo.

Cuando no existen clases sociales la relación de los hombres con el territorio que ocupan y explotan se da como una sumatoria de las condiciones históricas que logran las distintas sociedades tribales. Cuando aparecen las clases sociales, y su instrumento de acción que es el Estado, se da un concepto de nación que refleja los intereses de la clase que domina, concepto que pasa a convertirse en la explicación de la historia y un proceso de nación que, dentro del carácter contradictorio y antagónico de las clases, va dando cuenta del destino del pueblo y del Estado, su concreción, en la búsqueda que hacen los hombres de condiciones para una vida justa, señalada no solamente por las vinculaciones históricas, sociales y culturales, sino también de la conciencia de que el disfrute equitativo de los bienes que produce el trabajo humano es la garantía fundamental de la unidad de la nación.

En el caso particular de Venezuela, el desarrollo del concepto de nación y la estructura estatal son procesos inducidos que se dan sobre la base de condiciones socio-históricas producidas por las sociedades aborígenes y la sociedad europea que se convierte en el polo dominador del proceso. Por esas causas, el concepto de nación que necesariamente produce la inducción de la condición estatal, no reproduce al estado metropolitano. Por más que se apliquen las leyes e instituciones que dicta España, Venezuela no se convierte en España. El concepto de nación se genera sobre bases objetivas, diferentes y antagónicas. Puesto que no existía un Estado prehispanico, el largo proceso de conquista y colonización que duró más de dos siglos, se refiere a la necesidad de crear las bases del

concepto de nación que fundamenta al Estado. Mientras ese proceso no se concretó, Venezuela estuvo adscrita, como territorio, a otras unidades políticas del imperio. Cuando, finalmente, en las postrimerías del siglo XVIII se consolida el concepto de nación, éste apunta no al fortalecimiento del Estado metropolitano sino a su disolución y reemplazo por un Estado nacional que responde a los intereses de la clase que domina, los mantuanos, y a los intereses de las clases dominadas, pardos, indios y esclavos negros, que también quieren un Estado nacional pero no uno controlado por los mantuanos. Esa dualidad clasista del proceso de formación del Estado nacional explicaría las aparentes incongruencias que se dan en los inicios del proceso independentista, cuando la Primera República, la de los mantuanos, es derrotada por los pardos pseudorealistas, abanderados por caudillos populares, que en el fondo, esgrimían consignas clasistas. Explicaría también por qué Venezuela es el primer país latinoamericano que se independiza. En México, Perú, Ecuador, Colombia, etc., la estructura estatal y el concepto de nación prehispánica, se amalgaman en un breve lapso con la estructura del Estado colonial. En Venezuela, es necesario crear la nación que apoye al Estado colonial. Cuando finalmente se logra en el siglo XVIII, la nación deviene antagónica del Estado colonial metropolitano y determina el surgimiento de su expresión legítima: el Estado Nacional.

Es sólo cuando el genio de Bolívar logra entender y responder a esas condiciones históricas, convirtiendo el carácter clasista de la guerra civil en una guerra nacional contra España, cuando el Estado Nacional y la nación finalmente se identifican. La historia nos muestra con testimonios fehacientes cómo, una vez ganada la guerra nacional, afloran nuevamente los conflictos de clase: los generales y héroes que no eran mantuanos, quieren y logran el control del Estado Nacional; el proyecto insurreccional de los pardos, negros e indios aborta en alzamientos inconexos que son sofocados de manera sangrienta en las primeras décadas del siglo XIX.

Como vemos, la historia es un proceso orgánico; como ciencia social ofrece explicaciones ontológicas de conceptos centrales para la vida de un país como son la nación y el Estado, dependiendo de la sensibilidad y la racionalidad de las teorías y métodos que fundamentan su análisis.

Los trabajos de investigación que han sido generados y estimulados por esta Ilustre Corporación, han contribuido a cimentar el conocimiento de la vida institucional de la nación venezolana. Como corolario de mi discurso de incorporación, deseo proponer a mis compañeros de Academia y a quienes con tanto acierto la dirigen, la apertura de una rama complementaria de esa investigación, la Arqueología Histórica, que permita reconstruir lo cotidiano, el detalle de esa historia nacional cuyos testimonios objetivos podrán convertirse en una valiosa fuente de enseñanza a través del Museo de Historia Nacional, cuya creación y puesta en marcha ha sido asignada como tarea a este organismo rector de la investigación histórica venezolana.

DISCURSO DE CONTESTACION DEL ACADEMICO
DR. TOMAS POLANCO ALCANTARA

Por primera vez, desde que pertenezco a la Academia Nacional de la Historia, me corresponde el honor de saludar, en nombre de la Institución, a un nuevo Individuo de Número al recibirse como tal. Y lo digo con profunda satisfacción, porque quien hoy se incorpora a la Academia es un venezolano eminente, un Profesor Universitario de especial categoría, un hombre de ciencia y de investigación, que ha dejado lo mejor de sus meditaciones, no solamente en las clases a sus alumnos sino también en una abundante, exquisita e interesante bibliografía y que, además, es una persona bondadosa, un hombre de bien, honesto y recto en su conducta privada. Me refiero al Dr. Mario Sanoja Obediente.

Ocupa el Dr. Sanoja el Sillón "LL" que quedó vacante al fallecer el Profesor Pedro José Muñoz.

Ese Sillón es, de los veinte y cuatro que forman la Academia, el que ha tenido hasta ahora menos ocupantes: primero, al ilustre historiador y hombre público Dr. Francisco González Guinán, autor de la más extensa Historia de Venezuela hasta ahora escrito; fallecido el Dr. González Guinán, su sucesor en el Sillón Académico, Dr. Rafael Requena, nunca llegó a ocuparlo pues murió sin incorporarse a la Institución y de inmediato, el Profesor Pedro José Muñoz fue designado para ocuparlo. González Guinán durante cuarenta y cuatro años y Muñoz por cuarenta años dieron lustre y prez al Sillón que hoy entregamos al Dr. Sanoja Obediente.

La Divina Providencia bendijo a Pedro José Muñoz con el don de la longevidad. Vivió, tantos años, que se convirtió en una leyenda. Fue el Académico que ha vivido más tiempo. Hechos y circunstancias que, para otros son referencias históricas, para Muñoz eran vivencias directas. Cuando fue celebrado, en el Paraninfo del Palacio de las Academias, el primer centenario del Ministerio de Educación, el Profesor Muñoz disertó en el acto como el Profesor vivo más antiguo que existía en la República. Era asombroso oír hablar a un hombre cuyo título de Maestro tenía, para aquel entonces, setenta años de haber sido expedido. Sus experiencias educativas abarcaban casi toda la Historia del Ministerio. Además su edad era, prácticamente, la edad de la Academia.

Muñoz perteneció a una generación de venezolanos, que se ha prolongado a través del tiempo, y que no quiso, no pudo o no supo escribir todo lo que había aprendido, vivido y sentido. Muchos de esos hombres y mujeres tuvieron una vida rica en experiencias y en sabiduría; eximios por su cultura, su saber, su bondad y su buen parecer, pero guardaron silencio y no quedó de ellos sino el recuerdo, que poco a poco se va esfumando cuando desaparecen quienes lo conocieron. ¿Por qué se dio ese fenómeno? No llamaría la atención si sólo hubieran sido unos cuantos pero conmueve cuando es posible darse cuenta de la magnitud del número de quienes así procedieron.

Eminentes profesores, que enseñaron a generaciones y no dejaron ni un breve manual de todo lo que habían sabido. Ilustres pensadores, con una sabia meditación sobre el país, que más de una vez expusieron verbalmente pero, que no la escribieron, ni siquiera en un artículo de revista. A lo más llegaron al folleto, maravillosa fuente para el estudio del pensamiento venezolano, pero difícilísima de localizar, de manejar y de conservar.

Algunos de esos venezolanos, entre ellos Pedro José Muñoz, recurrieron al artículo de revista, como medio de expresar sus pensamientos. Nuestro Boletín publicó varios de esos trabajos de Muñoz, casi siempre redactados en homenaje a un académico, de quien había sido amigo y compañero, como fue por ejemplo su estudio sobre Don Luis Correa, en vida ocupante del Sillón que hoy me corresponde.

Pedro José Muñoz perteneció a esos grupos. Gozamos de su conversación, gozamos de su magnífica forma de hablar, admiramos su memoria, que aún en las últimas veces que asistió a la Academia, ya nonagenario, le permitía recordar y con bella letra copiar en francés largos poemas; pero, el Profesor Muñoz se nos fue de esta vida casi sin habernos dejado una obra escrita. Quizá de ahí la perplejidad de su sucesor en el Sillón Académico cuando, al tener que hacer su elogio y no haberlo conocido, pensó con bondad y con justicia en admirar el amor por Venezuela que les es común.

Y es casi notable paradoja que Muñoz hubiese sucedido en el Sillón Académico al Dr. Francisco González Guinán, quien dejó a la posteridad venezolana un ejemplo totalmente distinto: una magnífica y vasta Historia, que tanto ha servido para muchos, que así lo reconocen y para otros que, sin citarla la utilizan pero que en todo caso es una obra que no puede ignorar ningún venezolano que quiera conocer a su país.

El trabajo de incorporación presentado por el nuevo Académico, tiene características notables por la novedad del tema que trata, su rigurosa metodología, la sabiduría que demuestra en el autor y sobre todo, por la coherencia ideológica que mantienen las ideas y conceptos expresados.

Esta última modalidad es poco común entre nosotros, pues abundan las personas que, por no tener una ideología determinada, suelen exponer puntos de vista, que responden a concepciones filosóficas distintas y a veces contrarias o contradictorias.

Mario Sanoja Obediente, como intelectual, posee su propia forma de pensar, es noblemente fiel a ella y ubica todos sus conceptos dentro de un cuadro ideológico coherente y firme.

En ese sentido están expuestas sus ideas sobre el Origen de la Nación Venezolana.

Vamos siguiendo, en la obra, la forma como el autor expone el origen y la distribución primigenia de la población que estuvo radicada en lo que hoy es Venezuela; nos habla de las sociedades ancestrales; del contacto con los europeos y

los fundamentos de la base social de la nación; las bases de la vida cotidiana; la caza, la pesca y la recolección; la producción de textiles; la metalurgia y la minería; la alfarería; la cestería; la vivienda; los transportes y las vías de comunicación; el comercio; la alimentación; el conuco; aquello que el autor denomina los "principales modos de vida de la sociedad clasista" y su proyección en la historia contemporánea y los orígenes de la nación venezolana.

Es un trabajo apasionado y apasionante, a través del cual se ve al erudito, al hombre que estudia, investiga y medita, que calibra sus ideas y las sabe manifestar con precisión y elegancia.

La Academia Nacional de la Historia ha hecho por tanto una valiosísima adquisición con la presencia, en el Sillón Letra "LL", del Dr. Sanoja Obediente.

Nuestra Academia Nacional de la Historia tiene características muy peculiares en la vida del país. Llama en ella la atención, en primer lugar su longevidad. Cumplirá un siglo en 1988. Durante esos cien años, no ha dejado nunca de reunirse cada jueves que no haya sido feriado. Ni la lluvia torrencial, ni las revoluciones, ni los cambios de gobierno ni otros tantos inconvenientes, han impedido que el Cuerpo se reúna. Más de una vez hemos estado oyendo conferencias o en una normal Junta ordinaria mientras, a pocos metros, se cruzan las balas, pasan los helicópteros policiales o protestan las manifestaciones políticas. Es una señal de continuidad, de permanencia, que ojalá fuese común a nuestras Instituciones Públicas y privadas que vemos cómo son suspendidas, desaparecen, cambian de forma. Todos los miembros de la Academia han sido elegidos con absoluta regularidad reglamentaria y a través de un siglo, ninguno ha debido su Sillón a intrigas, sobornos, maniobras, actitudes políticas o predominio económico.

Es posible que, al hacer una elección, haya habido errores y se le hubiere dado la dignidad académica a quien quizás no era merecedor. Es posible que no hubiesen sido electos, como Académicos, eminentes historiadores que sobradamente tenían credenciales para ello, porque al fin y al cabo, la Academia es una Institución humana y como tal puede incurrir en errores; pero la misma Historia demuestra que, la obra escrita y la personalidad intelectual de la mayoría de quienes han llegado a la Academia, justifican su designación.

En este sentido es bueno recordar que no es "historiador" quien ocasionalmente, para cumplir una formalidad administrativa o por cualquier otra razón publica un libro, sino aquella persona que, en una serie de trabajos de calidad, demuestra que sin lugar a dudas tiene vocación, seriedad, inteligencia y talento para estudiar el hecho histórico desde el punto de vista ideológico que libremente hubiese escogido. Ese ha sido, generalmente, el criterio selectivo de la Academia, para elegir a sus miembros de número.

Fue sabia la norma estatutaria según la cual la Academia se autorrenueva; ello permite que no determine la elección criterios políticos ni otros factores extraños y perturbadores.

Los Académicos, una vez electos e incorporados al Cuerpo, tienen ese carácter de por vida.

Nunca un Tribunal ha anulado una designación Académica y no se ha sabido que ningún Individuo de Número de nuestra Corporación hubiese querido renunciar a su condición de tal.

Cuando se observa un Cuerpo colegiado que, en nuestro medio, ha mantenido esas características durante un siglo, cabe preguntarse: ¿Por qué? La respuesta a esa pregunta hay que encontrarla dentro de la Academia y no fuera de ella.

Para la Academia todos sus miembros son importantes pero ninguno es indispensable. Cuando la muerte se lleva, inevitablemente, a un eminentísimo Académico, en pocas semanas su puesto queda cubierto y la Institución sigue adelante.

La desaparición física de los Académicos tiene el mismo efecto que el invierno en los países que tienen estaciones: el frío invernal y la nieve arrasan con los magníficos follajes, llenos de colores, que el otoño forma en los bosques, pero no puede impedir que la próxima primavera, les haga recuperar su esplendor.

La Academia ha logrado ser un Cuerpo realmente colegiado, que trabaja como conjunto, sin menoscabo de la acción particular de cada Individuo de Número.

El carácter vitalicio e irremplazable que cada Académico tiene, a veces ocasiona dificultades. Por ejemplo, largos viajes o funciones públicas desempeñadas en el exterior, dejan un Sillón vacío pero no vacante, quizás por largos años; pero ello no importa, porque la experiencia demuestra, que el Académico regresa, casi siempre, con nuevos bríos, mejores obras y una experiencia enriquecida.

El avance del tiempo lleva frecuentemente a que, en la Academia, estén presentes personas que pasan de los 80 y hasta de los 90 años de edad. Hay temporadas, durante las cuales, el número de esos respetables ciudadanos es proporcionalmente considerable en un Cuerpo que apenas tiene veinte y cuatro miembros. Tampoco importa porque, también la experiencia demuestra, que es muy frecuente y a la vez un hermoso espectáculo, que son no pocos los Académicos que, al acercarse a los 80 años y en muchos casos al pasar de los 70, han escrito las mejores, más hermosas y más interesantes páginas de su obra intelectual.

Pero quizá el secreto de la persistencia y vitalidad de la Academia, se debe a que en ella siempre ha habido equilibrio, libertad, respeto y tolerancia.

Equilibrio, porque, sin exigírselo el Reglamento, la Academia ha procurado que sus miembros representen distintas especialidades de las Ciencias históricas y cuidadosamente evita predominios injustificados de especialistas que encaucen las energías de la Corporación y su capacidad de trabajo hacia un determinado sector, por más respetable y atrayente que sea.

Le interesan a la Academia tanto los estudios antropológicos como los geográficos, los tiempos de Guzmán Blanco y los de la Compañía Guipuzcoana; la vida, talento y actividad de los indios y de los negros en los siglos XVI y XVII y los movimientos sociales de fines del siglo XIX; la Independencia y la República; los juicios de residencia y la Batalla de Carabobo; todo lo que es Historia interesa a la Academia.

Pero, probablemente, el patrimonio moral más importante de la Institución es la libertad intelectual que siempre han tenido los Señores Académicos. Esa libertad para pensar y para actuar, que es el más importante privilegio que el hombre nunca debe perder. Jamás un Académico se ha sentido constreñido en su libre pensamiento y en la libre expresión del mismo. La Academia ha defendido celosamente esa libertad y el día, que ojalá nunca llegue, en que un Académico no pueda, en el seno de la Institución, decir lo que piense, ese día repetimos, que ojalá nunca llegue, será preferible cerrar las puertas del Palacio o convertirlo en un museo muerto.

La libertad lleva consigo la tolerancia y el respeto, sin los cuales desaparece o se hace inútil. La tolerancia es una actitud íntima que obliga a admitir, como legítimo y como posible, que otra persona pueda pensar y actuar distinto de nosotros y el respeto es la consecuencia externa de esa tolerancia que impide hacer todo aquello que entorpezca el ejercicio de la libertad de los demás.

El Académico ha sido y tiene que seguir siendo espiritualmente tolerante, humanamente respetuoso y cuando sienta que es incapaz de practicar, efectivamente, esas dos actitudes, es mejor que no vuelva a asistir a las sesiones académicas.

La Academia no es ni puede ser un Tribunal Inquisitorial o de censura, sino una tribuna libre, en la cual cada Académico puede decir y escribir todo aquello que honestamente piense, con la seguridad de que, con la más absoluta tolerancia y el más sincero respeto, será oído y leído y hasta publicada su opinión.

Dentro de ese clima de libertad, respeto y tolerancia, que son característicos de la Academia, aprecio que tengo el derecho y el deber de manifestar que, al aplaudir como Académico, el trabajo que presenta para su incorporación el Dr. Sanoja Obediente, me siento obligado a exponer, con la más absoluta y respetuosa cordialidad académica, algunos comentarios sobre determinados aspectos del trabajo mencionado.

Debo manifestar que me han admirado, especialmente, las referencias que hace el Dr. Sanoja, con apoyo de sus conocimientos científicos y arqueológicos, acerca del origen remoto de nuestras poblaciones autóctonas ubicándolas en, por lo menos, catorce mil años antes de ahora. Considero que la seriedad científica del expositor obliga a pensar que, tales afirmaciones, tienen un robusto sostén que las apoya y en consecuencia resulta satisfactorio y pleno de contenido, para cualquier concepción del país, darnos cuenta de tal magnitud en el tiempo, tan diferente de los limitados conceptos que sobre el particular tiene el común de las personas. Admiro el talento investigador del Dr. Sanoja al trazar las líneas generales de la conducta de esos primeros habitantes de nuestro territorio.

Asimismo, quiero destacar, el llamado de atención que hace el Dr. Sanoja, sobre el muy posible aporte de los aborígenes insulares, al descubridor Cristóbal Colón, para permitirle conocer y traficar las rutas marítimas entre las Antillas y el Continente. Que yo sepa, esa aguda observación del Dr. Sanoja no había sido hecha con anterioridad.

Ahora bien, dentro del esquema general, planteado en el trabajo que comentamos, debo manifestar mi diferente punto de vista sobre la interpretación de determinados hechos y momentos históricos, así como mi otro concepto de la historia y de su filosofía.

Por ejemplo, no comparto la opinión expresada sobre la esclavitud de los indígenas venezolanos. Si bien es posible que, en una etapa muy inicial, se hubieran presentado casos dolorosos de esa monstruosa institución, la verdad histórica es que el régimen vigente en lo que hoy es nuestro país no permitió, una vez consolidado, que los aborígenes fuesen sometidos a esclavitud y por el contrario, les proporcionó una posición jurídica y social que, si bien no puede ser calificada de ideal y no coincide con los conceptos que hoy en día tenemos, fuertemente arraigados, sobre el respeto al ser humano en sus derechos, están sin embargo, muy alejados de lo que, en algún sentido, puede llamarse esclavitud.

Hay que ver, con especial respeto, el aporte africano a la formación de la cultura y la sociedad nacional, y digo respeto porque desconocer ese aporte, denigrar de él o tratar de disminuirlo, es ir contra nuestra misma esencia, pues no hay venezolano, que tenga más de dos generaciones nacidas en el país, que pueda decir que en su sangre no existe más de una gota y a veces bastantes, de sangre africana.

Ahora bien, no estoy convencido que pueda afirmarse, como una verdad absoluta, que muchos de los esclavos negros que vivían en nuestro territorio habían aprendido a leer y a escribir en inglés y en francés, leyeron los textos revolucionarios de los filósofos de la Ilustración y que con esas ideas generaron un proyecto político insurreccional.

En mi criterio personal, y puedo estar equivocado, las insurrecciones negras fueron una protesta, justificada y categórica, contra la situación de esclavitud a la que injustamente estaban sometidos pero, es muy difícil precisar, en esos movimientos insurreccionales, el aporte que hubiera significado en ellos el conocimiento filosófico de textos europeos, escritos en inglés o en francés; en esta materia se trata sólo de mis apreciaciones personales sobre las cuales es posible, con todo respeto y cordialidad mantener criterios distintos.

Quiero mencionar también que no estoy de acuerdo con el criterio que expone el nuevo Académico sobre la influencia andina en la vida contemporánea de Venezuela. No creo, porque me parece que no corresponde a la realidad, que los campesinos andinos y los administradores de plantaciones de los Andes hayan sido la punta de lanza que, con armas modernas, consolidaron lo que se ha llamado "Sociedad Capitalista en Venezuela". En mi criterio personal, que repito puede estar equivocado, el papel, importante en este siglo, de la gente de los Andes en la vida venezolana no fue, el de simplemente imponer una clase dominante, ubicando campesinos disciplinados en las filas de un ejército armado modernamente.

Es una verdad histórica, demostrada con toda seriedad, que en las tropas que dirigió Juan Vicente Gómez para derrotar la llamada Revolución Liberta-

dora, sólo una minoría de los soldados era de origen andino. Y es otra verdad histórica que, terminada la misma Revolución, prácticamente no hubo acciones militares de importancia sino que el Ejército fue llevado a cuarteles en donde se inició su modernización. Los movimientos represivos del Gomecismo contra sus adversarios fueron realizados principalmente con cuerpos policiales, en los cuales tampoco había mayoría andina.

Y no deben olvidarse dos otras verdades que llaman la atención, una que las poblaciones andinas también fueron víctima de muchas maldades de los representantes del Gomecismo y que no fueron pocos los adversarios del Gomecismo que, sin menoscabo alguno de sus méritos políticos, no les corresponde el título o la característica de haber representado a clases oprimidas.

El fenómeno que es impresionante es el traslado, a todas las principales actividades del país, de personas nacidas en los Andes y que, por su formación intelectual, su capacidad de trabajo y su eficiencia, asumieron en el país un papel directivo. No en vano, en casi todas las actividades de cierta categoría, desarrolladas en el país, desde 1900, aparece, en posición directiva y principal, un nativo de los Andes y tampoco es un fenómeno aislado que, durante ese mismo período de tiempo, seis de los Presidentes que ha tenido Venezuela hayan sido nativos de poblaciones andinas. El papel andino, en nuestra Historia ha sido, por tanto, en mi opinión, muy diferente del que plantea el nuevo Académico. Las consideraciones anteriores las expongo SIN SER yo andino sino caraqueño y con absoluto respeto y la mayor cordialidad.

Hay un problema, de fondo, que merece consideración separada y cuidadosa.

No puedo suscribir el criterio, manifestado a través de todo el trabajo que comento y que parece ser su médula vertebral, de que la historia pueda interpretarse como la sucesión de dos etapas o períodos, el primero donde no hubo clases sociales y el otro en donde las clases sociales surgen y establecen “la dominación de unos grupos sobre otros, la aparición de la propiedad privada, de la nación y del Estado como expresión de la estructura clasista”, así como tampoco creo que, como explicación de la historia y del proceso de nación, se puede pensar que es suficiente ubicarlo en el carácter contradictorio y antagónico de las clases.

Sin entrar al fondo de la cuestión, porque no es éste ni el lugar ni el momento adecuado para ello, sin menoscabo de admitir que, posiblemente, la etapa precolombina pudo ser la de una sociedad sin clases, cualquiera que sea el sentido que se le dé a ese concepto y afirmando que, no es absurdo pensar que antes de 1810 la sociedad venezolana, se caracterizó por una diferencia marcada y tensa entre grupos sociales que podrían denominarse clases, me atrevo a decir que, en mi opinión, la verdad es que, de 1830 en adelante, el estado de nuestra sociedad es absolutamente diferente, sobre todo después de finalizar la llamada Gran Guerra o Guerra Federal.

Aprecio que, a pesar de que conozco opiniones diferentes, es contradictorio con nuestra realidad hablar de “clases sociales” en la Venezuela de este siglo, a menos que se tenga un concepto muy particular y propio acerca de lo que es

una de esas "clases sociales". Nuestra vida social se ha caracterizado por una magnífica permeabilidad que ha permitido la transformación rápida y efectiva de la población venezolana. Recordemos que, para principios de este siglo, apenas llegábamos a los dos millones de habitantes y hoy nos acercamos a los dieciocho millones. Por tanto diez y seis millones de venezolanos han nacido sin estar marcados por su pertenencia a un determinado grupo social. En el país donde vivimos, afortunadamente, cada quien toma en la vida el camino que desee y que nunca se le pregunte de dónde viene sino para dónde va.

La educación gratuita, incluso universitaria, permite a quien nace, a veces en la mayor indigencia, alcanzar las más altas posiciones en el país. La libertad de oportunidades y el desarrollo nacional sólo exigen, para quien quiere participar en ellos, competencia y capacidad.

Hay que darse cuenta que en Venezuela y con frecuencia, muchos proletarios han sido abuelos de milionarios y no escasean los millonarios que han sido abuelos de proletarios, porque son muy pocas las fortunas que han podido durar más de tres generaciones. Nótese además, el hecho, evidente e indiscutible, que todos los Presidentes que desde 1900 ha tenido Venezuela provienen de familias de un origen social y económico modesto y casi siempre extremadamente modesto.

Y ese fenómeno se repite en Ministros, Embajadores, Presidentes de Institutos Autónomos y empresas del Estado, Rectores de Universidades, Senadores y Diputados, Presidentes y Directores de Bancos y otras empresas privadas, profesores, académicos, militares de todos los grados y fuerzas, intelectuales de especial representatividad, etc.

Ello es un orgullo para Venezuela, porque es la prueba más evidente de que en el país no existen esos grupos sociales antagónicos, se llamen o no clases, pero cuya contradicción haga evolucionar la sociedad.

Otro hecho significativo nos lo demuestra. La Confederación de Trabajadores de Venezuela es una institución de la más alta respetabilidad que tiene una extraordinaria aceptación y fuerza en la vida nacional y que, sin antagonismos ni conflictos, puede defender los intereses y derechos de quienes forman la fuerza laboral venezolana.

No puedo menos de mencionar otros dos hechos importantes. El primero es que en toda nuestra vida republicana, entre los muchísimos venezolanos que han sido Ministros del Ejecutivo Nacional, solamente dos llegaron a ocupar la misma Cartera que alguna vez correspondió a su padre. El otro, que en los cien años de vida de esta nuestra Academia ninguno de sus miembros ha sido hijo de otro Individuo de Número.

En ese sentido la vida venezolana ha sido diferente de la que puedan haber tenido otros países americanos, en los cuales las tensiones sociales han mantenido y mantienen una crítica situación colectiva.

Es evidente que nuestra sociedad, a pesar de sus ventajas y características positivas, no es un paraíso ni está en condiciones ideales. Vivimos un sistema eco-

nómico y social que, quienes son especialistas en la materia, denominan "subdesarrollo". Esa palabra significa, en la práctica, que la mayoría de las necesidades colectivas más importantes no están satisfechas. Pero cuando estudiamos con cuidado la evolución histórica de nuestro país nos podemos dar cuenta que ese estado de subdesarrollo, que trae consigo pobreza, injusticia e ignorancia, lejos de deberse al predominio de una clase social sobre las otras, dominándolas y llevándolas a la miseria, se debe a la falta, en nuestro país, de grupos dirigentes realmente capacitados para orientar a la República.

No es el antagonismo de las clases, no es la dependencia externa, no es la influencia de la Unión Soviética o de los Estados Unidos, lo que ha causado nuestro subdesarrollo. Con la cantidad de dinero que en los últimos cincuenta años tenemos recibida por la explotación de nuestro petróleo, hubiéramos podido construir un país con una población numerosa, culta y saludable, servicios públicos que funcionen, una adecuada producción agropecuaria, una vida financiera sana sin el fantasma de una deuda externa de magnitudes que espanta y un adecuado y justo equilibrio social. No lo hemos hecho, no por culpa de factores externos sino por causa de un grave problema interno como lo es nuestra falta, casi total, de dirigentes.

Tenemos que reconocer que, salvo honrosas excepciones, en todos los diferentes órdenes de la vida nacional hemos carecido de suficiente número de dirigentes capaces y preparados con aptitud para conducir los distintos intereses nacionales.

Esa falta de dirigentes ha tenido graves consecuencias al no haberse previsto soluciones oportunas a los problemas del país y que hubieran evitado dificultades muy serias de todo tipo. Así por ejemplo, cuando gracias a la labor de meritorias personas, se logró que las más tremendas enfermedades desaparecieran en el país, no nos dimos cuenta de cómo esos niños, que ya no iban a morir, sino a seguir viviendo por muchos años, requerían escuelas, maestros, liceos, profesores, institutos de educación superior, trabajo, vivienda, comida, distracciones, seguridad social, etc., y cuando el país se vino a dar cuenta, su enorme población juvenil presionaba hacia arriba sin que nadie se hubiese ocupado de prever lo necesario. Era una falta de dirección. La misma que no permite que los servicios públicos funcionen; la misma que no utilizó a fondo los recursos nacionales para construir la infraestructura física que se necesita, ni tampoco para fomentar suficientemente la explotación agropecuaria, etc.

Esa falta de dirección, ese hecho gravísimo no es una característica privativa de la actividad oficial sino parece ser de todo el conjunto de la vida nacional. No es una clase que oprime a otra, sino es un país que clama por dirección.

Es conveniente advertir, que esa falta de dirección tampoco es un fenómeno que pueda atribuirse a una falla en el ejercicio de la Presidencia de la República. No podemos negar que los ciudadanos que han ejercido ese cargo, con los cuales se podrá o no estar de acuerdo en su concepción política del Estado, sí han tenido cualidades de dirigentes y muchos de ellos deben ser considerados como insignes servidores del Estado. El problema está en la estructura misma de nues-

tra sociedad, en la cual, por razones muy complejas, la mediocridad suele encontrar campo propicio para prosperar. Estoy seguro que puede afirmarse, sin temor a equivocación, que la mediocridad ha hecho más daño al país que el impacto de la deuda externa.

No se trata de negar que existan en nuestro país personas capaces. Las hay y de gran categoría que, cuando logran asumir el control de una institución o de un grupo social, inmediatamente el efecto positivo se nota en magníficos resultados. No se trata de considerar que nuestra gente no es capaz de desarrollar al máximo su capacidad de actuar pues, también cuando se la coloca en ambientes y condiciones propicias, el resultado excelente viene enseguida. La grave situación está en el hecho de cómo la mediocridad logra tan poderosos resultados que oprime a aquellos que tratan de ir en sentido contrario.

No es una lucha de grupos contra grupos. Es una diferente concepción de la sociedad y de la vida del hombre.

Y en análisis de esa situación observamos que lo primero que la mediocridad coarta es la libertad para progresar, para actuar en forma positiva, para pensar, para producir. El estudio de la historia, más que el de la filosofía, nos enseña claramente que la gran lucha que el hombre ha tenido, al menos durante los dos últimos siglos, no es otra sino la lucha por su libertad y por el reconocimiento de sus derechos.

La libertad es la esencia misma del espíritu humano. Donde no hay libertad nada funciona, nada existe. La libertad es para el espíritu del hombre como el aire para sus pulmones. La libertad es el nutriente efectivo de toda otra actividad. Y por eso el hombre rechaza todo atentado contra su libertad, sea que se manifieste en trabas económicas, en dominios técnicos, en la presencia de tanques y cañones extranjeros, en las cortinas a su ideología personal, en las trabas a su movimiento y a su pensamiento.

Y junto con la libertad el hombre defiende sus derechos: todos esos derechos, no parte de ellos, que las Naciones Unidas proclaman y muchas sociedades desconocen.

La aspiración de libertad y del ejercicio pleno de los derechos humanos ha sido el motor de la historia en los últimos tiempos de la humanidad. Allí, donde la libertad se ha reconocido y los derechos del hombre se respetan, hay paz social y progreso duradero. Allí donde la libertad se coarta y se desconocen los derechos del hombre, el conflicto no se hará esperar.

Creo por tanto como inspiración de la historia la búsqueda de la libertad y en la defensa de los derechos del hombre y no en el conflicto de clases.

Es realmente maravilloso ver cómo la mente del hombre, cuando tiene libertad intelectual y moral, va buscando formas de considerar la vida y la sociedad, sin estancarse en criterios dogmáticos, pues hasta incluso las mismas religiones, en los tiempos modernos, muy claramente definen su actitud filosófica como propiciadora de la más completa libertad, dejando sólo vigentes escasísimos principios

que podrían llamarse dogmáticos, pero que por referirse a valores religiosos no afectan la libertad espiritual y moral del hombre.

No quiero que se vea en mis palabras una crítica al pensamiento del Dr. Sanoja Obediente, sino sólo la expresión de un concepto de la vida diferente al suyo. Estoy seguro que él tiene el ánimo de convivir con sus compañeros académicos que lo recibimos con la mayor cordialidad y con los brazos abiertos. Resulta magnífico y estimulante encontrarse, en la vida, con personas de buena fe, de conducta honesta, inteligentes y de adecuada formación intelectual que piensen diferente de nosotros porque ello permite el libre cruce de las ideas, el mutuo enriquecimiento y sobre todo el darse cuenta de la magnífica variedad del talento del hombre; tal actitud requiere, indispensablemente, que se mantengan desde luego los principios de libertad, tolerancia y respeto que han propiciado la Academia.

Los Académicos debemos sostener esos principios con entereza y rechazar todo aquello que los menoscabe. Por eso el Dr. Sanoja Obediente puede estar seguro que no encontrará en la Academia ningún obstáculo para que pueda exponer su pensamiento cuando y como lo desee y tenemos la seguridad, por nuestra parte, de que él ante nosotros se hará solidario de esa actitud.